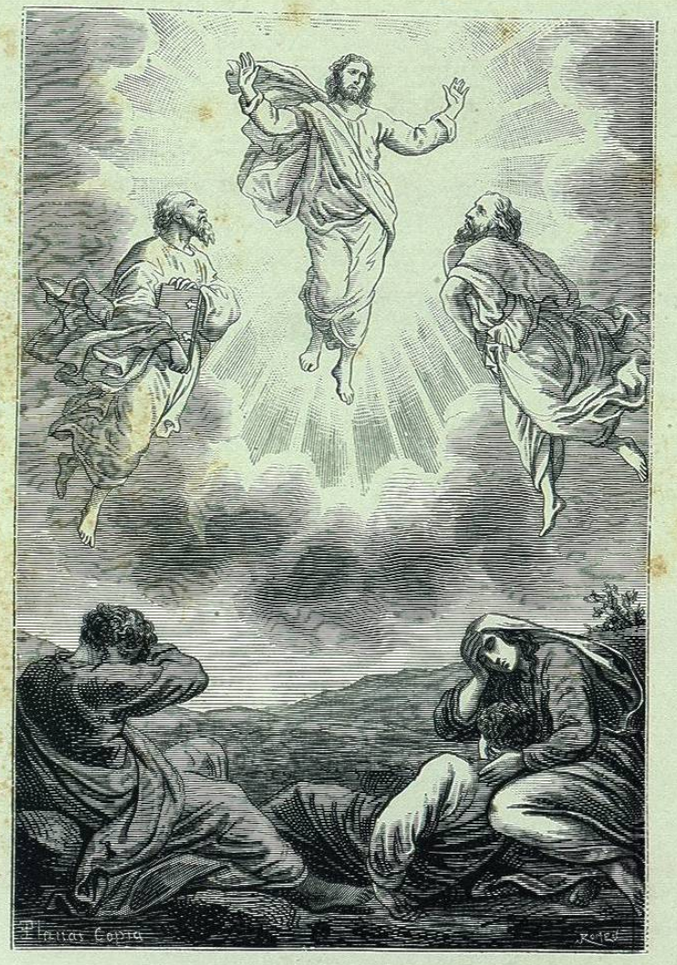
CANTO XVI.

El Mesías reune á los resucitados en el monte Tabor, y se presenta á ellos como juez y soberano Señor del universo.—Pronuncia las sentencias de los habitantes de la Tierra muertos recientemente.—El ángel custodio de una estrella que debe ser transformada viene á rogarle que apresure este instante.—Un jóven habitante de la estrella de los hombres inmortales, que ha cometido una falta, se halla en el número de los pecadores juzgados por el Mesías.—Desciende Jesús á los Infiernos.—Castigo de los ángeles caidos.

No conoceis al Redentor divino vosotros, los que no quereis saber que por él y para él se hizo la creacion, y que es y será siempre el supremo Señor de todo cuanto existe, hasta el dia en que los senderos que conducen por entre los laberintos de todos los mundos vengan á confundirse en el punto único marcado para el cumplimiento de los decretos del Eterno y para la felicidad de todas sus criaturas. Si desde lo alto de su cruz, la Divinidad expirante no hubiera dicho: *Todo está consumado*, las innumerables legiones de los séres creados no podrian un dia repetir á través de los Cielos y en toda la plenitud de la felicidad de los escogidos: *¡Todo está consumado!*

Al salir de la morada de Juan, donde con su aparicion ha consagrado á sus escogidos para la vida eterna, Jesús sube al monte Tabor, trono terrestre donde ha prometido reinar hasta el momento de ir á sentarse á la diestra de su Padre.



La transfiguracion. (Canto XIV.)

Presintiendo las escenas que se preparan, el monte sagrado se estremece y brilla con esplendor sobrenatural. Los resucitados se han reunido ya en su verdeante cumbre, y por encima de sus cabezas forman los ángeles un semicírculo, cuyas dos extremidades van á perderse en la inmensidad de los Cielos.

En pié en medio de este doble órden de inmortales, el Mesías se apoya en una roca cubierta de musgo: no es ya Jesús paciente y resignado; es el Hijo del Eterno en todo el esplendor de su magnificencia. A su lado los serafines y el mismo divino Elohá no son sino pálidas sombras; pero cada vez que su mirada se fija en las innumerables legiones celestiales, sienten estas más vivamente las beatitudes que son el patrimonio de los seres colocados por la omnipotencia divina en el último grado de la escala de perfecciones que los acerca al Creador.

Advertido por un signo de Cristo, un querubin va á buscar las almas de los habitantes de la Tierra muertos después de su resurreccion. Frescas están aun las coronas de ciprés con que sus amigos adornaran sus sepulcros; pero este testimonio de un afecto á veces engañoso no las libra de la sentencia de la justicia suprema.

Guiadas por el enviado del Mesías, estas numerosas almas, escapadas apenas de sus vasos mortales, llegan de todas partes á la cima del Tabor, á la manera de una lluvia de tempestad, que, mezclándose con los rayos del Sol, cae aquí en impetuoso torrente y allá en diáfanas gotas.

Al ver al Mesías, los mortales se sienten en presencia del Juez supremo, sin adivinar el porvenir que les prepara. Su voz imponente y grave les pregunta: ¿Quiénes sois? Y todos contestan á la vez hablando enfáticamente de su mérito y de sus virtudes.

Pero una mirada del Mesías les hace comprender que en vano procuran engañarle, y que los conoce él mejor que ellos se conocen á sí mismos.

Los ángeles abren ya el libro de la vida, y vuelven sus hojas, de las cuales muy pocas llevan la impresion de esos caractéres brillantes que marcan las grandes y bellas acciones.

Vuelto á cerrar el libro, los muertos esperan con muda ansiedad.

Las sentencias del Juez supremo son breves y prontas, hiriendo con la rapidez del rayo y dando luz á los ciegos.

Una mirada del Salvador indica á los ángeles las vías por las cuales deben ir las almas juzgadas á sus últimos destinos. Algunas de estas vias conducen á los abismos; otras suben á los Cielos. Pocos instantes bastan para recorrer las primeras; pero los *aeones* pasarán antes de que los pecadores perdonados lleguen al trono del Eterno.

Los habitantes de las regiones elevadas detienen á las almas que pasan por sus dominios para darles instrucciones saludables. Más lejos se ven obligadas á suspender su vuelo, hasta que llegan á explicarse á sí mismas por qué ellas suben así hácia los Cielos, mientras que otras descienden á los abismos. Antes de partir, las almas juzgadas se prosternan en el polvo, y todas exclaman al mismo tiempo:

—«*Brama* (1), *Tien* (2), *Júpiter*, *Krodo* (3), sí, somos culpables; nuestra vida sólo ha sido un encadenamiento de faltas y errores: imploramos tu misericordia.»

El Redentor se vuelve hácia los ángeles, y dice:

(1) O Brahma, Dios creador, la primera persona de la Trinidad india.
(2) Cielo supremo, Dios de los chinos.
(3) Uno de los dioses de los germanos.

—«Conducid á este habitante de las orillas del Eufrates á la estrella más lejana del Líbano, hasta el sétimo cedro del bosque sagrado. Mucho ha pecado, pero su alma era ardiente, y las tentaciones fuertes. Cuando se acerque á los suaves rayos de Philia, los habitantes de este astro bienaventurado le nombrarán á su Salvador... Este otro, venido de los países del Gánges, amaba el bien, pero débilmente: triste y pensativo ha flotado en la duda y en la incertidumbre: sírvale de reposo el monte Hermon. Cuando acabe el tiempo conocerá á su juez. Nombradle al Redentor luego que descubra la argentada luz de la estrella del Nebo... Y tú que te postras tan humildemente en el polvo, fuiste orgulloso y duro hasta la crueldad... Querubin, que haya pasado el umbral de los Infiernos antes de que yo descienda á la cima del monte de los Olivos.»

El orgulloso se retuerce con desesperacion, y exclama:

—«¡Oh Júpiter! no me aniquiles con el peso de tu cólera.»

Y Jesús responde:

—«Ve, sigue á tu guia, y sábelo bien: si te precipito en el fondo de la Gehenna, es por haber hecho traicion á tu mejor amigo. Y tú, añade dirigiéndose á otro muerto; tú fuiste caritativo y bueno, y creias en un padre misericordioso: este padre es más grande y misericordioso de lo que tú podías esperar. Querubin, cuando hayas pasado con él la fuente de Bethlem, dale la palma más bella de Gethsemaní. —Sueños de exterminio ocuparon las noches de este guerrero, y sus dias eran consagrados á realizar esos sueños. Que los Infiernos lo reciban, y que sus más negras serpientes se levanten silbando para acoger á este otro, que pasó el tiempo calumniando á sus hermanos.»

Jesús calla: los ángeles ejecutan sus mandatos, y un querubin desciende de lo alto de los Cielos, se prosterna y dice:

—«¡Dios mediador! La estrella confiada á mi custodia se estremece ya y se prepara á su transformacion; sus habitantes presienten su vuelo próximo hácia la luz primitiva, y temo que sucumban al vivo deseo de apagar su sed en aquel rio eterno. Dígnate apresurar el cumplimiento de una aspiracion que tú les has permitido formar. Permíteme tocar con mis alas las sagradas palmeras del valle de Gethsemaní, y los polos de mi estrella temblarán más fuertemente; las columnas de los abismos se hundirán, y con ellas las costas floridas, los mares y las montañas de este mundo reservado á más bellos destinos.»

Y Jesús responde:

—«Toca con tus alas las palmeras del valle de Gethsemaní.»

Y el ángel alza su vuelo, y va á apresurar la transformacion de la estrella de que es custodio.

Un querubin se vuelve hácia el muerto que ha conducido á esta misteriosa congregacion, y le dice con sonrisa celestial:

—«Enjuga tus lágrimas: tú has sido demasiado bueno, demasiado noble para los hombres entre quienes has vivido; ellos te desconocieron y odiaron, pero al fin se ha secado la fuente de lágrimas que venias derramando en el árido desierto en que hubiste de buscar un refugio huyendo de la ingratitud. Alza la vista á las estrellas: todas las atravesarás antes de llegar al último grado de beatitud reservado á los bienaventurados.»

Un rey indio, medio sumido aun en el sopor de muerte, acaba de despertarse del sueño de la vida terrenal; pero el recuerdo de sus pasadas grandezas lo rodea todavia con sus vanas ilusiones.

—«¿Dónde están, exclama, las almas de los esclavos

inmolados sobre mi sepulcro? Que vengan para anunciar y preceder á su señor.»

Ninguna voz contesta á la suya, y atraviesa solo las sombrias bóvedas que conducen á una vasta comarca. Allí, un inmortal que cierne su vuelo en los aires, le dice:

—«¡Sigueme! Los rayos luminosos que dejo detrás de mí te servirán de guia.»

El alma del Rey se ve obligada á obedecer, y muy luego oye la sentencia del Juez supremo que juzga severamente á los poderosos.

—«Sí, aquí hallaré auxilio y compasion, dice un alma recien libertada de un cuerpo consumido por los padecimientos y la miseria: las brillantes visiones que me rodean son dioses, y los dioses son justos. Los hombres no lo son, pues ódian y menosprecian la inocencia, y aborrecen el honor y la probidad: solamente los dioses son justos.»

Dice, y recibe el premio de su resignacion y de su fé.

Un mal agudo y repentino habia postrado al jóven Gelimar en el lecho del dolor. En vano su amigo procuraba infundir en su alma la esperanza: el jóven, ardiente é impetuoso, se abandonaba á los más sombrios pensamientos.

«Voy á morir, decia, y á separarme de tí para siempre: tal es la inflexible voluntad del destino, igualmente inflexible para la flor caida del árbol en que naciera, para el amigo que has amado tan tiernamente, para tí mismo y para todo lo que existe en el inmenso dominio de la muerte. Sí, ¡la flor que se deshoja y el hombre que muere se pierden en la nada, como si nunca hubieran existido!...

«¿Por qué se fijan con tanto amor en mi semblante pálido y desfigurado tus húmedos ojos?... No tengo necesidad de consuelos, yo que voy á morir... Pero tú... reune todas tus fuerzas, y no me sigas muy de cerca...

«Puedo confesártelo, en fin: en medio de la indolente alegría de mi edad, me dominaba el presentimiento de la muerte, y entonces me preguntaba: ¿Dónde iré? ¿Qué será de mí?—Y una voz secreta me respondia: Te disolverás en átomos imperceptibles, que el soplo del tiempo dispersará por todo el universo...

«No llores así, hermano mio. ¿Qué te importa lo que vengan á ser mis restos inanimados? porque, á lo menos así lo espero, tú no me harás la injuria de ver en ellos al amigo á quien tanto has amado. Antes respetaba tu sensibilidad; ya no respeto nada, ni aun tus lágrimas. La muerte me ha cogido con su mano de hierro, y mi alma ha venido á ser inflexible como ella.

«Escucha mi último pensamiento: te lo revelo como el guerrero moribundo confia su escudo al más amado de sus hermanos de armas. Voy á aniquilarme, de ello estoy convencido: esta conviccion me desespera; mas no acuso á los dioses, no: somos muy poco para aspirar á la inmortalidad, Ve ahora á llenar esta copa á la fuente más abundante y fria; ya apague la sed que me devora, ya apresure mi muerte, esa agua me aliviará...»

Y su amigo fué á llenar la copa.

Gelimar la apuró de un solo trago, y casi al mismo tiempo exhaló su último suspiro.

El alma de Gelimar, sacudida por la violenta y terrible conmocion que sufriera al separarse de su cuerpo, se adormece un instante, y después se eleva en los aires que llena con sus gritos de sorpresa y alegría.

«¡Dioses inmortales! ¡Dioses de los astros y de los mundos! ¿Es posible? ¡existo! ¡Existo, yo que acabo de morir! ¿No es esto el último sueño de la materia que se descompone, la última ilusion de un alma próxima á perderse en

lo infinito?... No, vivo; y esta vida nueva no es una flor que se deshoja y desaparece para siempre.

»¡Dioses poderosos! Vosotros habitais sin duda en medio de esas innumerables estrellas que aparecen cada vez más resplandecientes y hermosas. ¡Dioses clementes! ¿dónde y cómo os encontraré? Dignaos revelaros á mi vista, á fin de que yo me prosterne á vuestros piés, y exclame en la plenitud de mi agradecimiento y alegría: ¡Gracias, gracias, eternos dioses, por quienes yo existo para siempre!

»¿Dónde gime el amigo de mi corazon, á quien dejé en la Tierra con la cruel certidumbre de que la muerte es un sueño sin fin? ¡Ah! ¡Que no hubieras muerto tú conmigo!... ¿Me es permitido descender á la Tierra, donde mi fiel amigo cava mi sepultura? ¿Puedo yo á mi vez presentarle la copa que da la muerte, y volver con él á las regiones de la inmortalidad?»

Al acabar estas palabras, ve Gelimar en la cumbre del Tabor séres semejantes á él, é inmortales en quienes cree reconocer dioses, y se prosterna á sus piés; pero uno de ellos le manda levantarse, y dice:

—«Nosotros no somos sino séres creados.»

—«Y ¿habeis sentido vosotros como yo la helada mano de la muerte? ¿Y como yo habeis sido despertados á una vida nueva?» pregunta Gelimar.

Uno de los serafines contesta:

—«Dios nos creó inmortales... Síguenos. Muy luego te iluminará quien ha hecho las estrellas, los serafines y las almas de los mortales.»

Y sus guias celestiales le hacen subir el sendero luminoso que el Salvador acaba de indicarles.

Los soles nacen, los soles se ponen, y el juicio de Cristo dura siempre. Almas innumerables llegan de todas partes: